

á favor de un territorio estrangero conspirasen los emigrados á las puertas de Francia, era sancionar la impunidad mas peligrosa; que los Borbones y sus parciales volverian á sus locas tentativas; que sería preciso castigar diez veces en lugar de una, al paso que si se hacia un escarmiento egemplar, se volveria á entrar en el sistema de clemencia natural al primer consul; que los realistas necesitaban un escarmiento; que respecto á la cuestion de territorio, era menester dar á esos pequeños principes alemanes una leccion como á todo el mundo; que por lo demás se hacia un servicio al gran duque de Baden, prendiendo al principe sin reclamárselo, porque le sería imposible rehusar la estradicion á una potencia como la Francia, y se indispondria con la Europa por haberla concedido. Se añadió en fin, que despues de todo no se trataba mas que de asegurarse de la persona del principe, de sus cómplices y de sus papeles; que despues se veria lo que era preciso hacer cuando ya se le tuviese asegurado, y cuando se hubiesen examinado las pruebas y el grado de su culpabilidad.

El primer consul apenas oyó lo que se dijo en pró y en contra, pues escuchaba como quien habia tomado una resolucion irrevocable. Nadie pudo vanagloriarse de haber influido sobre su determinacion. Sin embargo no manifestó á Mr. de Cambaceres el desagrado que le causaba su resistencia.—Conozco el motivo que os hace hablar; este no es otro que vuestra adhesion á mi persona. Os lo agradezco, pero no me dejaré matar sin defenderme. Voy á hacer temblar á esas gentes y á enseñarlas á mantenerse tranquilas.

La idea de aterrar á los realistas, de enseñarles que no se atacaba impunemente á un hombre como él, de hacerles ver que la sangre sagrada de los Borbones no tenia á sus ojos mas valor que la de cualquiera otro personage ilustre de la República, esta idea y otras en las que el cálculo, la venganza y el orgullo de su poder tenían igual parte, le dominaban tan violentamente, que dió las órdenes necesarias sin demora, prescribiendo en presencia del general Berthier, á los coroneles Ordener y Caulaincourt la conducta que debian observar. El coronel Ordener debia dirigirse á las márgenes del Rhin, llevar consigo trescientos dragones, algunos pontoneros y muchas brigadas de gendarmeria: proveer á estas tropas de viveres para cuatro dias, llevar una suma de dinero á fin de no vivir á espensas de los habitantes, pasar el rio por Rheinau, correr sobre Ettenheim, envolver la villa, apoderarse del principe y de todos los emigrados que le rodeaban. Durante este tiempo, otro destacamento, apoyado por algunas piezas de artilleria, debia dirigirse por Kehl á Offenburgo y permanecer allí en observacion hasta que se hubiera verificado el proyecto. Inmediatamente despues debia presentarse el coronel Caulaincourt al gran duque de Baden, para presentarle una nota que contenia esplicaciones sobre el acto que se acababa de cometer. La esplicacion consistia en decir que el gobierno francés no podia consentir la aglomeracion de emigrados que conspiraban abiertamente contra él y que estaba obligado á disiparlos por sí mismo, y que además la necesidad de obrar con prontitud y sigilo, no habia permitido entender-

se anticipadamente con el gobierno de Baden.

Es inútil añadir que al dar estas órdenes el primer consul á los oficiales encargados de ejecutarlas, no se tomaba el trabajo de explicar cuales eran sus intenciones al apoderarse de la persona del príncipe, ni lo que queria hacer de él, pues mandaba como general á hombres que obedecian como soldados. Sin embargo, el coronel Caulaincourt, adicto á la antigua familia real, y particularmente á los Condés por relaciones de nacimiento, estaba profundamente triste, á pesar de que solo estaba encargado de llevar una carta, y que estuvo muy distante de preveer la horrible catástrofe que se preparaba. El primer consul no se cuidó al parecer de nada de esto, é invitó á todos que se pusieran en marcha al salir de las Tullerías.

Las órdenes que acababa de dar fueron puntualmente ejecutadas. Cinco dias despues, es decir el 13 de marzo, partió de Schelestadt el destacamento de dragones con todas las precauciones prescriptas, pasó el Rhin, sorprendió y envolvió la pequeña villa de Ettenheim, antes que pudiera llegar á ella ninguna noticia de este movimiento. El príncipe, que habia recibido anteriormente consejos de prudencia, pero que en aquel mismo momento no tuvo aviso positivo de la espedicion dirigida contra su persona, se hallaba á la sazón en la casa que acostumbraba habitar en Ettenheim. Al verse acometido por una tropa armada trató en un principio de defenderse, pero bien pronto comprendió la imposibilidad de hacerlo. Rindióse, pues, declarando él mismo su nombre á los que le buscaban sin conocerle, y animado de un vivo dolor por perder su libertad, pues todavía no co-

no la estension del peligro, se dejó conducir á Strasburgo y encerrar en la ciudadela.

No se habian hallado ni los papeles importantes que se esperaban, ni descubierto al general Dumouriez, á quien se suponía al lado del príncipe, ni ninguna de esas pruebas de la conspiracion que se habian alegado para justificar la espedicion. En lugar del general Dumouriez, hallaron al marqués de Thumery, y algunos otros emigrados de poca valía. El informe que contenia los estériles pormenores del arresto se envió inmediatamente á Paris.

El resultado de la espedicion hubiera debido ilustrar al primer consul y á sus consejeros sobre la temeridad de las conjeturas que se habian formado. El error sobre todo cometido con respecto al general Dumouriez era muy significativo. Hé aqui las ideas que se apoderaron desgraciadamente del primer consul y de los que pensaron como él en aquella ocasion. Tenia ya bajo su poder á uno de esos príncipes de Borbon á quienes tan poco costaba disponer conjuraciones, y que con tanta facilidad encontraban imprudentes y locos, siempre dispuestos á comprometerse con ellos. Era, pues, preciso hacer un egemplar terrible, ó esponerse á provocar una risa de desprecio de parte de los realistas, dando libertad al príncipe despues de haberlo tenido asegurado. No dejarían de decir que despues de haberse hecho culpable de una calaverada mandando prenderlo en Ettenheim, tenia miedo á la opinion pública y á la Europa; que en una palabra, habia tenido la voluntad de cometer el crimen y le habia faltado valor para consumarlo. Por tanto era de parecer que en

fugar de hacerlos reir valia mas hacerles temblar. Despues de todo, este príncipe estaba en Ettenheim, tan cerca de la frontera, que daba lugar á creer que permanecia espuesto al peligro por algun objeto particular. Posible era, pues, que avisado como lo habia sido (y lo justificaron las cartas que se hallaron en su poder), posible era, que fuese cómplice en cualquier grado del proyecto de asesinato. De todos modos era casi indudable que se hallaba en Ettenheim para secundar un movimiento de emigrados en el interior, escitar á la guerra civil, y hacer otra vez armas contra la Francia. Todos estos actos eran castigados con penas severas por las leyes de todas las épocas, y por tanto era menester aplicárselas.

Tales fueron los racionios que el primer consul se hizo á si mismo, y que se repitió mas de una vez. No volvió á celebrarse otro consejo como el que hemos referido, sino conferencias frecuentes entre el primer consul y los que adulaban sus pasiones. No abandonaba esta funesta idea:—Los realistas son incorregibles, es menester anonadarlos.—Mandó, pues, la traslacion del príncipe á París y su comparecencia ante una comision militar, por haber intentado escitar á la guerra civil y hecho armas contra la Francia. Planteada así la cuestion, se habia resuelto de antemano de una manera sanguinaria. El 18 de marzo fué estraido el príncipe de la ciudadela de Strasburgo y conducido con escolta á París.

Cuando se acercaba este terrible sacrificio quiso estar solo el primer consul.

Partió el 18 de marzo, domingo de Ramos, para la Malmaison, retiro donde tenia mas seguridad

de hallar el aislamiento y el reposo. Eexceptuando á los cónsules, á los ministros y á sus hermanos, no recibió ni á una sola persona. Paseábase solo horas enteras, afectando en su rostro una calma que no estaba en su corazon. La prueba de sus agitaciones estaba en su ociosidad, porque no dictó casi ni una carta durante los ocho dias que permaneció en la Malmaison, ejemplo único de ociosidad que puede presentarse en toda su vida, y sin embargo, Brest, Boloña y el Texel ocupaban algunos dias antes toda la actividad de su pensamiento! Su esposa, que sabia como toda su familia el arresto del príncipe, su esposa que animada de una simpatia irresistible hácia los Borbones, tenia horror á la efusion de sangre real, que con esa prevision del corazon propia de las mugeres, columbraba tal vez en un acto cruel, represalias de venganza posibles contra su esposo, contra sus hijos, contra ella misma, su desgraciada esposa deshecha en lágrimas le habló muchas veces del príncipe, no creyendo todavía, aunque sí temiendo que su pérdida estaba irrevocablemente resuelta. El primer consul que tenia una especie de orgullo en comprimir los movimientos de su corazon generoso y bueno, á pesar de lo que hayan dicho los que no le han conocido, el primer consul rechazaba aquellas lágrimas cuyo efecto el mismo temia, y contestaba á su esposa con una familiaridad que trataba de hacer dura:—Tú eres una muger y no entiendes nada de mi politica; tu papel es callar.—

El infortunado príncipe salió el 18 de marzo de Strasburgo y llegó á París el 20 al medio dia. Hasta las cinco de la tarde fué detenido en la barrera de Charenton, y custodiado en su coche por

la escolta que le acompañaba (1), reinando en aquellos fatales momentos gran confusion en el modo de espedir las órdenes, por la agitacion de que estaban apoderados los mismos que las daban.

Con arreglo á las leyes militares, el comandante de la division debia formar y reunir la comision, y mandar la ejecucion de la sentencia. Murat era comandante de Paris y de la division. En cuanto recibió el fallo de los cónsules, fué sobreco-gido de un dolor vivisimo, porque, como ya hemos dicho, Murat era valiente, algunas veces ir-reflexivo, pero siempre bueno. Algunos dias antes habia aplaudido sinceramente el vigor que des-plegaba el gobierno, cuando dispuso la espedicion de Ettenheim; pero encargado despues de llevar adelante sus crueles consecuencias, le faltó el valor y dijo con el mayor desaliento á uno de sus amigos, mostrando su uniforme, que el primer consul queria imprimir en él una mancha de san-gre. Corrió á Saiat-Cloud á espresar á su terrible cuñado los sentimientos que le animaban. El mismo primer consul, mas inclinado á participar de ellos de lo que hubiera querido, ocultó bajo un semblante de hierro la agitacion que interiormente, esperimen-taba; así es que temiendo que apareciese su go-bierno débil ante el vástago de una raza enemiga,

(1) Mr. Nougare de Fayet, acaba de publicar un escrito es-celente sobre la catástrofe del duque de Enghien: las indagaciones concienzudas y llenas de sagacidad que distinguen este trozo de historia especial, deben merecerle la mayor confianza. Mr. Nougare de Foyet, dice que el príncipe fué conducido á la puerta del ministerio de negocios estrangeros. Es posible que sea exacto este hecho, pero como no ha podido comprobarlo de una manera cierta, admito la tradicion mas general.

dirigió palabras duras á Murat, reprendiendo su falta de valor que calificó en los términos mas despreciativos, y acabó por decirle con altivez que cubriria su cobardia firmando él mismo con su mano consular las órdenes fatales que habian de darse en aquel dia.

El primer consul habia mandado al coronel Savary que se retirara de aquella costa de Biville, donde en vano habia esperado á los príncipes complicados en la conjuracion, y le encomendó el cuidado de velar por el cumplimiento de la senten-cia impuesta contra el príncipe, que ninguna parte tenia en ella. El coronel Savary estaba dispues-to á dar al primer consul su vida y su honor. El nada aconsejaba, ejecutaba como soldado lo que le mandaba su gefe, á quien profesaba una adhe-sion sin limites. El primer consul mandó redactar todas las órdenes, las firmó el mismo, en seguida dijo á Savary que las llevara á Murat, y que pa-sara á Vincennes para cuidar de su cumplimiento. Estas órdenes eran terminantes, y se mandaba en ellas que inmediatamente se procediera á formar la comision, se designaban los coroneles de las guar-niciones que debian componerla, se indicaba al general Hullin como presidente, y se prevenia que se reuniesen al punto para que el consejo conclu-ya en aquella misma noche, y si como no podia menos de esperarse, la condena era una sentencia de muerte, que el prisionero fuese inmediatamen-te ejecutado. Un destacamento de gendarmes y de la guarnicion debia pasar á Vincennes para guar-dar el tribunal y proceder á la ejecucion de la sen-tencia. Tales eran aquellas órdenes funestas fir-madas por mano del primer consul. Legalmente

debían ser ejecutadas en nombre de Murat; pero en realidad no tuvo en ellas casi ninguna parte. El coronel Savary se dirigió á Vincennes para cuidar del cumplimiento de las órdenes que había recibido.

Sin embargo, no todo era irrevocable en aquellas órdenes; todavía quedaba un medio de salvar al desgraciado príncipe: Mr. Real debía trasladarse á Vincennes, para preguntarle estensamente y arrancarle todo cuanto supiera sobre la conjuración, de la que se le suponía cómplice, sin poder alegar una prueba. El mismo Mr. Maret había entregado aquella tarde al consejero de estado, Real, la orden escrita de pasar á Vincennes para hacer este interrogatorio. Si Mr. Real veía al prisionero, oía de su boca la verídica esplicación de los hechos, y le enternecian su franqueza y sus reiteradas instancias de ser conducido á presencia del primer consul, Mr. Real podía comunicar sus impresiones al que tenía la vida del príncipe en sus poderosas manos. ¡Había además, aun despues de pronunciada la sentencia, un medio de salir del terrible compromiso, concediendo al duque de Enghien un perdon notablemente pedido y noblemente otorgado!

Este era el último recurso que quedaba para salvar la vida del jóven príncipe y para evitar una gran falta al primer consul, quien á pesar de haber dado aquellas órdenes terribles, se sentía apesadumbrado y casi arrepentido de haberlas dado. En efecto, durante aquella triste tarde del 20 de marzo, estuvo encerrado en la Malmaison con su esposa, su secretario, algunas damas y algunos oficiales. Solo, distraído y aparentando una calma

que no sentía, se sentó delante de una mesa y se puso á jugar al ajedrez con una de las damas mas distinguidas de la corte consular (1), la cual sabiendo que el príncipe había llegado, temblaba de espanto al pensar en las consecuencias posibles de aquel dia tan fatal. No se atrevía á mirar al primer consul, que en su distracción murmuró muchas veces los versos mas conocidos de nuestros poetas sobre la clemencia, en primer lugar los que Corneille ha puesto en boca de Augusto, y despues los que Voltaire á puesto en boca de Alcira.

Aquello no podía ser una sangrienta ironía porque hubiera sido demasiado baja é inútil; pero aquel hombre tan firme estaba agitado, reflexionando sin duda toda la nobleza, todo lo que hay de grande en un perdon concedido á un enemigo vencido y desarmado. Aquella dama creyó que ya se había salvado el príncipe y no pudo disimular su alegría; pero desgraciadamente amagaba su existencia el mismo peligro.

Habiase reunido la comision precipitadamente, y hasta ignorando la mayor parte de sus individuos quién era el acusado. Se les dijo que era un emigrado perseguido por haber atentado contra las leyes de la República. Se les dijo su nombre. Algunos de aquellos soldados de la República, niños cuando cayó la monarquía, á penas sabían que el nombre de Enghien era el del heredero presuntivo de los Condés. Estremecianse no obstante de terror al desempeñar la mision que les

(1) Madama de Remusat, que ha consignado esta relacion en sus memorias, las cuales han quedado inéditas hasta el dia, y tan interesantes como elocuentemente escritas.

habian confiado, pues hacia muchos años que no se condenaba á un emigrado. El principe comparció delante de ellos tranquilo y hasta orgulloso, á pesar de su incertidumbre sobre la suerte que le esperaba. Interrogado sobre su nombre y sus actos, contestó con firmeza, rechazó toda participacion en la conjuracion que actualmente perseguia la justicia, pero confesó tal vez con demasiado alarde que habia servido contra la Francia, y que se hallaba en las orillas del Rhin para servir de nuevo y de la misma manera. Insistiendo el presidente sobre este punto con intencion de revelar le el peligro de semejante declaracion, hecha en tales términos, repitió lo que habia dicho, con una serenidad que ennoblecia el peligro, pero que ofendió á aquellos veteranos militares habituados á derramar su sangre por defender el suelo de su patria. Esta impresion fué desagradable y funesta para el principe, que aunque pidió reiteradas veces y con instancia que le dejaran ver al primer consul, no se lo permitieron, y lo encerraron de nuevo en la prision mientras el consejo deliberaba. Aunque las declaraciones repetidas del principe hubiesen revelado en él un implacable enemigo de la Revolucion, aquellos veteranos casi se sentian enternecidos al ver el valor y la juventud del prisionero. Planteada la cuestion como lo estaba, no podia producir mas que una solucion funesta. Las leyes de la República de todos los tiempos castigaban con penas capitales el hecho de servir contra la Francia. Sin embargo habia muchas leyes violadas contra el principe, como por ejemplo, haberse apoderado de su persona en suelo extranjero, y privarle

de un defensor; consideraciones todas que debian haber obrado en el animo de los jueces; pero en la confusion en que estaban sumergidos aquellos desgraciados jueces, afligidos del papel que representaban mas de lo que puede concebirse, pronunciaron el fallo de muerte. Sin embargo la mayor parte de ellos espresaron el deseo de someter el fallo á la clemencia del primer consul, y sobre todo de presentarle el principe que deseaba verle. Pero las órdenes que se habian dado aquella mañana eran terminantes, segun ellas todo habia de estar concluido para la noche. Solo Mr. Real podia interrogando al principe, conseguir una próroga; pero este no se presentó; pasó la noche, iba á amanecer, y se condujo al principe á un foso del castillo, donde recibió con una firmeza digna de su nacimiento, el fuego de los soldados de la República á quienes habia combatido tantas veces en medio de las filas austriacas. ¡Tristes represalias de la guerra civil! Fué sepultado en el mismo sitio donde habia caído.

El coronel Savary partió inmediatamente para dar cuenta al primer consul de la ejecucion de sus órdenes.

En el camino encontró á Mr. Real que venia á interrogar al prisionero. Este consejero de estado, estenuado de fatiga por un trabajo de muchos dias y muchas noches, habia prohibido á sus criados que le despertaran. Hasta las cinco de la mañana no le habian entregado la orden del primer consul. Llegó demasiado tarde es verdad, pero no fué por efecto de una maquinacion urdida, como se ha dicho, para sorprender en un crimen al primer consul; nada de eso. Solo un incidente,

un simple incidente quitó al príncipe infortunado la única probabilidad de salvar su vida, y al primer consul una feliz ocasion de evitar una mancha á su gloria. ¡Deplorable consecuencia de la violacion de las formas ordinarias de la justicial cuando se violan estas formas sagradas inventadas por la esperiencia de los siglos, para guardar la vida de los hombres del error de los jueces, hay que entregarse ciegamente á merced de la casualidad. La vida de los acusados, el honor de los gobiernos, dependen algunas veces del incidente mas fortuito. Sin duda el primer consul habia tomado ya su resolucio[n]; pero estaba agitado, y si el grito del desgraciado Condé que pedia su vida hubiese llegado hasta él, este grito no le hubiera hallado insensible, y habria cedido á los impulsos generosos de su corazon.

El coronel Savary llegó muy conmovido á la Malmaison. Su presencia provocó una escena de dolor. Al verle madama Bonaparte adivinó que ya no habia remedio y se echó á llorar. Mr. de Caulaincourt lanzaba gritos de desesperacion diciendo que habian querido deslumbrarle. El coronel Savary penetró en el gabinete del primer consul, que se hallaba solo con Mr. de Meneval. Dióle cuenta de lo que habia pasado en Vicennes. Apenas le vió el primer consul le dijo:—¿Ha visto Real al prisionero?—Aun no habia acabado el coronel su respuesta negativa, cuando se presentó Mr. Real, y procuró excusarse temblando por su falta de exactitud en la ejecucion de las órdenes que habia recibido. Sin espresar el primer consul su aprobacion ni censura, despidió aquellos instrumentos de su voluntad, se encerró

en una pieza de su biblioteca y permaneció allí solo durante muchas horas.

Por la tarde vinieron á comer á la Malmaison algunos individuos de su familia. Todos estaban graves y tristes. Nadie se atrevia á hablar. El primer consul estaba silencioso como todos; pero este silencio acabó por serle embarazoso y al levantarse de la mesa fué el primero que lo rompió. Habiendo llegado en aquel momento Mr. de Fontanes, fué el único interlocutor que tuvo el primer consul. Venia aterrado de la ejecucion que se acababa de consumir, y cuya noticia funesta circulaba por todo Paris, pero no se hubiera permitido manifestar su sentimiento en el lugar donde se hallaba. Escuchó mucho y contestó muy poco. Hablando casi siempre el primer consul, y queriendo llenar el vacío que dejaba el silencio de los concurrentes, discurrió sobre los principios de todos los tiempos, sobre los emperadores romanos, sobre los reyes de Francia, sobre Tácito, sobre los juicios de este historiador, sobre las crueldades que frecuentemente se atribuyen á los gefes del gobierno cuando no han cedido mas que á necesidades inevitables; en fin, llegando por medio de largos rodeos al trágico asunto del dia pronunció estas palabras:—Quieren destruir á la revolucion atacándola en mi persona: yo la defenderé, porque soy la revolucion, si, yo, yo.... desde hoy verán lo que hacen porque saben *de lo que somos capaces.*

Aflietivo es para el honor de la humanidad verse en la necesidad de decir que el terror inspirado por el primer consul, obró efectivamente sobre los príncipes de Borbon y sobre los emigra-

dos, quienes ya no se creyeron seguros al ver que el suelo germánico no habia podido servir de asilo al desgraciado duque de Enghien, y desde aquel dia funesto cesaron todas las conspiraciones de este género. ¡Pero tan triste utilidad no podia justificar aquellos actos crueles! Preferible hubiera sido verespuesta á un peligro mas la persona del primer consul, que tanto se habia arrojado en los campos de batalla, que la seguridad adquirida á tanta costa.

Pronto cundió por París la noticia de haber sido arrestado un príncipe trasladado á Vincennes y fusilado. El efecto fué grande y deplorable. Desde que Pichegrú y Jorge fueron arrestados, el primer consul habia llegado á ser el objeto de la pública admiracion y del mas vivo interés por parte de los franceses, indignados contra los que se habian asociado á los chuanes para amenazar su vida, severos para con Moreau, cuya culpabilidad aunque menos probada, comenzaba á ser verosímil, y haciendo votos sinceros por el hombre que no dejaba de ser á los ojos de todos el genio tutelar de la Francia. La sangrienta ejecucion de Vincennes verificó una reaccion repentina. Irritaronse los realistas, si bien pudo mas el terror que la indignacion; pero los hombres honrados se llenaron de desconsuelo al ver un gobierno admirable hasta entonces, manchar sus manos en sangre humana, y ponerse en un solo dia al nivel de los que habian dado muerte á Luis XVI, y preciso es decirlo, sin la excusa de las pasiones revolucionarias, que en 1793 habian turbado las cabezas mas firmes y los corazones mas nobles y generosos.

Ningun partido quedó satisfecho, si se exceptua el de los revolucionarios fogosos, cuyo insensato reinado acaba de terminar el primer consul, y los cuales al ver tan súbita transformacion verificada en un solo dia, cesaron ya de temer que el general Bonaparte trabajase en lo sucesivo en favor de los Borbones.

¡Singular miseria del espíritu humano! ¡Aquel hombre extraordinario, tan grande, tan justo, tan generoso, que poco antes desplegaba una severidad sin límites contra los revolucionarios y sus escesos, que juzgaba sus extravíos sin ninguna indulgencia, y algunas veces hasta sin justicia, que les reconvenia amargamente por haber derramado la sangre de Luis XVI, deshonorado la revolucion, y haber hecho á la Francia inconciliabile con la Europa; aquel hombre extraordinario que así discurría en la calma de su razon, se transforma en un instante cuando sus pasiones son escitadas, y comete un acto idéntico al perpetrado en la persona de Luis XVI, que tan amargamente reconvenia á sus antecesores, y se coloca respecto de la Europa en un estado de oposicion moral, que hace bien pronto inevitable la guerra general y le obliga á ir á buscar la paz, paz magnífica es cierto, á los confines de Europa, en Tilsitt!

¡Cuán propios son semejantes espectáculos para confundir el orgullo de la razon humana, y para enseñar que el genio mas relevante no basta á escusar las faltas mas vulgares, cuando abandona el hombre á las pasiones, aunque no sea mas que por un instante el gobierno de sí mismo!

Pero para ser en todo justos é imparciales, ya que hemos deplorado este funesto extravío de las

pasiones, remontémonos á los que lo provocaron. ¿Quiénes fueron estos? Siempre esos mismos emigrados, que despues de haber irritado la revolucion, inocente todavia, abandonaron su patria para buscar en todas partes enemigos á la Francia. Aquella revolucion, vuelta en sí de sus extravíos, y conducida por un gran hombre, se presentaba ya prudente, humana y pacífica. Habia llamado á los emigrados, les habia devuelto su patria, sus bienes, y se preparaba á devolverles todo el brillo de su antigua situacion. ¿Cómo correspondian ellos á tanta clemencia? ¿Mostrábanse agradecidos ó pacíficos al menos? No. Habian ido á una nacion vecina, celosa de nuestra grandeza, y se habian servido de las libertades de aquella nacion para volverlas contra la Francia. A fuerza de indignos falletos habian irritado el orgullo de dos pueblos demasiado quisquillosos, y despues de haber contribuido á ponerles las armas en las manos, no se habian limitado á ser los soldados del gobierno británico, sino que le habian facilitado el socorro de las conjuraciones. Habíase tramado una indigna conspiracion; habíase querido encubrir con el colorido de sofismas miserables un proyecto de asesinato; habíase enviado á Francia á Jorge y Pichegrú; se buscó un hombre á quien la gloria del primer consul hubiese ofendido, y se recurrió á él como un poderoso instrumento; se logró estraviar y pervertir al débil Moreau, y despues de haberlo engañado se logró que engañase á otros, y por último, cuando á fuerza de imprudencia fueron descubiertos los conjurados por el ojo vigilante del hombre á quien querian destruir, se delataron los unos á los otros, y creyeron justificarse di-

ciendo, que un príncipe francés debia ponerse al frente de aquellas horribles hazañas. El gran hombre contra quien se habian dirigido tan odiosas conjuraciones, indignado al fin de verse hecho blanco de los mortíferos ataques de aquellos mismos á quienes habia arrancado á la persecucion, se dió á una cólera funesta. Habia esperado al pié de una roca al príncipe, cuya llegada le anunciaban, le habia esperado en vano, y turbada la cabeza por las declaraciones de los mismos conjurados, habia percibido en efecto un príncipe en las orillas del Rin que estaba esperando que volviera á encenderse la guerra civil. Entonce se estravió su razon; tomó á este príncipe por el gefe de los conspiradores que amenazaban su vida; sintió una especie de orgullo en cogerlo en el suelo germánico, en castigar á un Borbon como un individuo vulgar, y lo habia castigado para enseñar á los emigrados y á la Europa cuán peligroso era atacar á su persona.

Doloroso espectáculo en que todo el mundo era culpable, hasta las victimas; en que se veia franceses hacerse instrumentos de la grandeza británica contra la grandeza francesa; Borbones, hijos, hermanos de reyes, destinados á ser reyes un dia, mezclados con hombres de la mas baja ralea; al último de los Condés pagar con su sangre conspiraciones de que no era autor, y este mismo Condé, á quien se hubiera querido hallar irrepreensible porque fué victima, hacerse culpable tambien colocándose todavia esta vez bajo la bandera británica contra la bandera francesa; en fin, un gran hombre estraviado por la cólera, por el instinto de la conservacion y por el orgullo,

perder en un instante aquella prudencia que el universo admiraba y descender al papel de aquellos sanguinarios secuaces de la revolucion, á quienes habia venido á refrenar con sus manos triunfadoras y cuya conducta tan altamente reprobaba. ¡Fatal encadenamiento de las pasiones humanas! El que es herido quiere herir á su vez; cada golpe recibido es devuelto al instante; la sangre pide sangre, las revoluciones llegan á ser de este modo una serie de sangrientas represalias, que serian eternas, sino llegase al fin un dia en que los hombres se detienen, en que renuncian á devolver golpe por golpe, en que se sustituye á esa cadena de venganzas una justicia tranquila, imparcial y humana, en que se coloca por encima de esta justicia, si es que puede haber algo superior á ella, una política elevada y previsorá, que entre las sentencias de los tribunales no deja ejecutar sino las mas necesarias, indultando de las demás á los hombres extraviados, susceptibles de arrepentimiento y de razon. Defender el órden social, conformándose con las reglas estrictas de la justicia, y sin dar nada á la venganza, tal es la leccion que es preciso sacar de aquellos trágicos acontecimientos. Conviene sacar además otra, la de juzgar con indulgencia á los hombres de todos los partidos, que colocados antes que nosotros en la carrera de las revoluciones, nutridos en medio de las revueltas corruptoras de las guerras civiles, y escitados sin cesar por espectáculos de sangre, no se profesaban unos á otros ese respeto á la vida que por fortuna nos han inspirado el tiempo, la reflexion y un largo periodo de calma y de reposo.

LIBRO DIEZ Y NUEVE.



El Imperio.

Efecto que produce en Europa la muerte del duque de Enghien.—Prusia, que estaba pronta á formar alianza con Francia, varia de modo de pensar y se une con Rusia por medio de un convenio secreto.—Cuál era en 1803 la verdadera alianza de Francia, y porqué no se efectuó esta alianza.—Se dá cuenta á todos los gabinetes de la conducta de MM. Drake, Smith y Tailor.—El sentimiento que inspira disminuye el efecto producido por la muerte del duque de Enghien.—Sensacion que causa en San Petersburgo.—La corte se viste de luto espontáneamente.—Conducta insustancial é inconsiderada del jóven emperador.—Queriendo reclamar contra la violacion del territorio germánico, dirige unas notas imprudentes á la dieta de Ratisbona y á Francia.—Circunspeccion de Austria.—No se queja de lo que sucedió en Ettenheim, y se aprovecha de la situacion apurada en que decian se hallaba el primer consul para estralimitar todos los poderes.—Despojos y violencias perpetrados en toda la Alemania.—Energia del primer consul.—Cruda contestacion que dirige al emperador Alejandro, y retirada del embajador francés.—Indiferencia y desprecio con que acoge las reclamaciones hechas á la Dieta.—Recurso de que se vale Mr. de Talleyrand para conseguir que dichas reclamaciones tuviesen un resultado insignificante.—Conducta equívoca de los ministros austriacos con respecto á la Dieta.—Se aplaza la cuestion.—Intimase á Austria que suspenda las violencias á que se entregaba en el imperio.—Deferencia de dicha corte.—Más sobre la causa formada á Jorge y Moreau.—Suicidio de Pichegrú.—Alarma.—De resultados de la agitacion de los ánimos, se notan síntomas de retroceso hácia las ideas monárquicas.—Considérase el derecho hereditario como medio